

EDGAR MORIN: *La Méthode. 5. L'humanité de l'humanité. L'identité humaine*, Seuil, París, 2001.

### La obsesión por los modos de pensar

En el espléndido acto de la UNESCO en París donde se conmemoraban los ochenta años de Edgar Morin, (10-7-2001) tomó la palabra Alain Touraine para expresar : «... tú has sido dotado del don de la mirada...». En efecto, la mirada moriniana del conocimiento es tal vez el rasgo más distintivo de un talante intelectual que marca su propio signo en una época recargada por las pretensiones de la razón científica, las ideologías del progreso, o simplemente, la idolatría del pensamiento único.

No ha sido el itinerario de Edgar Morin un destino predecible según los arreglos de las carreras académicas o los designios de un intelectual hipotecado por las mieles del poder. Es más que visible el conflicto permanente de una vida y una obra con los modelos dominantes, con las lógicas duras que impregnan todo cuanto se hace, sobre todo, con los paradigmas que operan como grandes presuposiciones sobre la realidad.

Este problemático modo de encarar los desafíos de cada coyuntura histórica provee las claves de inteligibilidad del posicionamiento teórico del pensamiento complejo animado por Edgar Morin. Pensamiento complejo éste que se integra siempre con un doble componente: es armadura de categorías epistemológicas propias, y al mismo tiempo, movimiento intelectual vivo. Es investigación rigurosa y tenaz y simultáneamente postura ético-política que se confronta.

Pareciera que una corriente intelectual del temple del pensamiento complejo no es sostenible como operación exclusivamente interna de la cognitividad. Es obvio que el contenido epistemológico sustantivo de la obra de Edgar Morin se basta por sí mismo para fundamentar su perfil propio. Pero ello no sería suficiente para

entender la enorme repercusión mundial de una tendencia intelectual que ha sido animada con una posición y una energía que le son consustanciales. Hay allí una importante señal para entender hoy los contornos de la onda del pensamiento complejo, sus principales aportes teóricos, los modos como se confeccionan sus agendas, el tipo de intelectual que es congregado en su seno.

Durante un largo tiempo las aportaciones teóricas de Edgar Morin permanecen atrapadas en la lógica de las querellas intelectuales parisinas. Un punto de vista entre otros. La burocracia académica y los circuitos intelectuales están siempre acoplados a las diferentes modulaciones del poder. En la vida práctica de cada investigador estas tensiones terminan interfiriendo de algún modo su producción intelectual. No siempre en sentido negativo, desde luego. La obra inmensa que está a la vista en estos ochenta años de vida de Edgar Morin tiene que ser leída en clave de tensión con su entorno, *especialmente* esa ecología epistémica y política que tipifica la entronización final de la Modernidad.

Obra y pensamiento de Edgar Morin se benefician hoy del ostensible debilitamiento de la fortaleza epistemológica de la Modernidad. Hay una correlación muy notoria entre la crisis de los grandes prototipos racionales del iluminismo y la entrada en escena de nuevas corrientes teóricas, de planteamientos disidentes que permanecían marginados por la arrogancia del cientificismo dominante.

Me parece ostensible que el advenimiento de la posmodernidad como clima epocal ha significado objetivamente una apertura de horizontes donde el debate de la complejidad se desarrolla en condiciones completamente nuevas (independientemente del modo como un pensamiento posmoderno propiamente dicho se re-

laciona hoy con los perfiles de un pensamiento complejo).

No se trata de un *convenimiento* entre Edgar Morin y su época. Se trata más bien de la afortunada coincidencia de una atmósfera generalizada de crisis de la Modernidad y la emergencia de un liderazgo intelectual suficientemente probado en su densidad epistemológica y su obstinada pasión libertaria. Un intelectual acomodaticio, más preocupado por la figuración que por la producción teórica, más atento a las reverencias del poder que a su talante crítico: ése no es Edgar Morin. Su trayecto y su huella van por otra vía: la del compromiso, la de tomarse en serio las preguntas de su tiempo.

Un elemento fundamental del proyecto Morin es sin duda ese «don de la mirada» en relación a la actividad cognitiva del hombre. En el fondo, el problema principal no es confrontar «pensamientos» sino construir maneras de pensar. Más que las querellas de Escuelas de pensamiento, conviene fijar la atención en las lógicas subyacentes. Sin esquivar la confrontación más o menos clásica entre corrientes filosóficas, el asunto capital es en verdad desvelar las racionalidades de las que se sirve aquel o este paradigma. Más que contrastar modelos teórico-metodológicos, se trata principalmente de cuestionar los supuestos sobre los que se apoyan todos los modelos. El asunto es pues el de *los modos de pensar*. La epistemología moriniana emplea todo su arsenal en este propósito central. No se entendería para nada la estrategia de la complejidad según Morin sin esta definición estructural. Ello no quiere decir que el pensamiento complejo no tenga matices, lecturas diferentes, entradas que pueden privilegiar tópicos distintos. Buena parte de las versiones corrientes del estilo Morin convergen en estas aguas (sin excluir frivolidades y «adaptaciones» de última hora en esos desiertos de las «ciencias humanas»). A lo que me refiero es a la naturaleza más distintiva del proyecto

intelectual de Edgar Morin: contribuir a establecer las bases para otra manera de pensar (no es en absoluto casual la interesante derivación de los esfuerzos de Edgar Morin en el campo de la educación)<sup>1</sup>.

### La idea-fuerza de la complejidad

El quinto tomo de *El Método* que aquí comentamos está atravesado por la preocupación que corona la agenda de investigación de Edgar Morin: pensar la complejidad de la «naturaleza humana» a partir de un paradigma que sea complejo en sí mismo. A pesar de los avances de la ciencia y de la técnica en todos los dominios «... la unidad compleja de nuestra identidad se nos escapa» (p. 10). Podría decirse que a estas alturas el autor pone en movimiento una «caja de herramientas» que ha venido perfilándose a lo largo de estas décadas de intenso trabajo intelectual (no sólo en relación a la edición de cada uno de los tomos de *La Méthode*, sino incluyendo una obra paralela que ha dado cuenta en varios momentos del estado de la discusión en muchos países; recuérdese a este respecto libros como *Ciencia con consciencia*, *Tierra-Patria*, *La cabeza bien puesta* o *Los siete saberes de la educación del futuro*). Ese inmenso repertorio epistemológico opera como dispositivo expresamente habilitado para dar cuenta de una visión propia de los urgentes problemas de la producción de conocimientos. Funciona también como caja de resonancia de presupuestos implícitos, de recortes subjetivos, de enfoques que no son comandados directamente por la reflexividad del autor.

Este tomo cinco de *El Método* se propone expresamente brindar una visión del debate sobre la lógica de la constitución

<sup>1</sup> Ver Edgar Morin, *Los siete saberes necesarios de la educación del futuro*, CI-POST-UNESCO, Caracas, 2000.

de lo humano (tema que ha ocupado recurrentemente el interés del autor y que ha dado lugar a publicaciones ampliamente conocidas en los medios especializados). Para ello, Edgar Morin recurre a una caracterización hipercomprensiva de la cultura como una entidad «...constituida por el conjunto de hábitos, costumbres, prácticas, saberes-hacer, saberes, reglas, normas, prohibiciones, estrategias, creencias, ideas, valores, mitos, que se perpetúan de generación en generación, se reproducen en cada individuo, generando y regenerando la complejidad social» (p. 29). Con esta visión super-inclusiva el autor traza una red de relaciones donde el mapa disciplinario tradicional de las ciencias sociales queda severamente desplazado en beneficio de una óptica transdisciplinaria que opera no sólo como regla «metodológica» en el control de validez de la argumentación, sino como condición de posibilidad de una recomposición de la agenda más urticante del pensamiento social contemporáneo, sobre todo, en lo tocante a la crisis de paradigmas en la que se debaten hoy todas las ciencias sociales y particularmente en lo que concierne a la inviabilidad del modelo civilizacional imperante, fundado acriticamente en una visión apologetica de la técnica y el *progreso* («No hay leyes de la historia... la historia no está guiada por/hacia el progreso», pp. 206-207).

Desde ese lugar de observación Edgar Morin dirige su mirada crítica hacia varios frentes cargados de controversias. Uno de ellos es precisamente el de la *mundialización* en torno al cual el autor aboga por una «segunda mundialización» ante los estragos de la globalización hegemónica que marca la pauta en todos lados.

Luego de una trayectoria de la magnitud de la obra de Edgar Morin es más que comprensible una alta propensión a tratar los problemas en clave «planetaria».

Los asuntos mundanos adquieren una cierta solemnidad por la dimensión en la

que se ubica el análisis. Este rasgo no constituye un *defecto* de la mirada moriniana del mundo contemporáneo sino más bien una condición de partida para contrastar la consistencia de sus proposiciones. Encontramos repetidamente esta sensación de perplejidad ante una humanidad atravesada por lógicas contradictorias. Palpita en este libro la permanente ambivalencia de pulsiones agonísticas que conviven en un mismo espacio con tendencias de alumbramiento: «Nosotros estamos todavía en los comienzos de la aventura humana y sin embargo la amenaza de su fin se aproxima. La humanidad está todavía en rodaje pero nosotros nos aproximamos ya a la post-humanidad. La aventura es más que nunca desconocida» (p. 244).

Un componente mayor del estilo Morin de trabajo intelectual es precisamente su vocación de *diálogo*. Se entiende muy cómodamente la idea de *diálogo* intelectual como una misión intrínseca a la tarea del escritor (puesto que hay un lector imaginario con el que se *dialoga* anónimamente). No es este el modelo de diálogo que practica Edgar Morin. Todos los testimonios conocidos, los datos biográficos de una vida pública que es fácilmente constatable, mi experiencia particular, muestran suficientemente la terca voluntad de Edgar Morin por auspiciar espacios de diálogo, por estimular encuentros de construcción colectiva.

La creación, que es una experiencia radicalmente solitaria es, al mismo tiempo, momento de síntesis de múltiples voces que habitan necesariamente los pliegues de la conciencia. Esa multiplicidad de sensibilidades, de afectos diversos, de experiencia múltiple, de miradas culturales heterogéneas, están en la base del pensamiento complejo animado desde el liderazgo de Edgar Morin.

Ajeno a los protocolos y a las adalaciones fáciles, el temple intelectual y humano de este amigo ha de servirnos para cultivar la diferencia, para encontrar

caminos propios del nuevo pensar. Es así como entiendo la rica fecundidad del maestro que se atrevió a compartir con todos nosotros, no tanto sus convicciones, que son suyas y sólo suyas, sino sus pre-

guntas y sus dudas que se han hecho nuestras por obra de su inmensa generosidad.

RIGOBERTO LANZ